

Opciones de Lezama

Virgilio Piñera

A Lezama se le presentaban en lo que refiere a su futura grandeza literaria tres opciones: la del conversador, la del poeta y la del novelista. Por más de treinta años, esas opciones le cortaron la respiración, le suspendieron el aliento, le resecaron la boca y lo mantuvieron en vilo sobre el abismo de las posibilidades. A su vez ellas implicaban el problema no menos inquietante del reconocimiento. Manifiéstelo o no, todo escritor aspira al reconocimiento, el cual contiene en sí mismo un principio de mensuración: ¿escritor provincial, nacional, internacional? Es decir, mayor o menor número de gente que lo reconozca. Ahora bien, como él aspira a ser reconocido universalmente, sus pensamientos en este orden de cosas son agitados a la vez que engañosos. Falta por registrar en las historias de la literatura los soliloquios del escritor; no niego que algunos de esos soliloquios él los traslade a su autobiografía o los incorpore a cualquiera de sus personajes de ficción, pero lo esencial, es decir, esos pensamientos que bordean el ridículo, que surgen del delirio (estoy por decir del delirio pitico, pues todo escritor es Casandra de sí mismo) los lleva a la tumba.

Lezama hablaba con Lezama, lo interrogaba ansiosamente, se miraba en los espejos (en sentido recto y figurado; en esas ocasiones era un Narciso de su obra a través de su cara) preguntándose: ¿es que la gloria nimbó los rasgos de mi cara? Además, hay la tremenda necesidad de escrutarse: ¿quién eres, qué buscas, qué descubres? Y las respuestas, siempre engañosas; eres un iluminado, un farsante, un iluso, un cagatintas, un genio...

Este autotimoramente se consume en la indagación de su persona literaria: esa futura confrontación con los otros lo es, al mismo tiempo, consigo mismo. Y aquí las preguntas son aún más angustiosas por cuanto el margen para abandonarse al delirio resulta tan estrecho que todo gira en torno a la suprema pregunta: ¿soy o no soy un gran escritor? El resto son las atroces variantes: ¿seré tan sólo un escritor para escritores? ¿O un escritor hecho de otros escritores? ¿Quedaré como un conversador, eso sí, inimitable, pero nada más que un conversador? ¿Me quedaré perdido entre los poetas menores? ¿O seré uno de tantos novelistas leídos por una docena de personas?

Consecuentemente esa formulación negativa lleva aparejada su propia contradicción: no, no soy una raté, soy, por el contrario, un gran escritor. Arquetipo de la Duda absoluta, paradójicamente exclama en la soledad de su cuarto: soy el detonante que provocará la explosión porque mi cabeza pensante es como una bomba de tiempo, que al estallar provocará el pasmo de las edades presentes y futuras...

El cuadro se completa con ese otro sentimiento atroz de que todo termina con la vida que terminamos. Después de adormecerse en brazos de la Posteridad, se siente acometido por la atroz sensación de la Nada. A este respecto Jules Valles decía: "No creo en el Panteón, no sueño con el título de gran hombre, no aspiro a ser inmortal después de mi muerte, todo a cuanto aspiro es a vivir en vida".

En términos de metapsíquica la clarividencia del escritor empieza y termina en la escritura; si intentara aplicarla con el objeto de indagar en su futuridad como escritor reconocido universalmente, su entendimiento se oscurecería hasta el punto de la confusión. Una cosa es sentir o presentir que en un momento dado de la carrera literaria se podrá ser reconocido y otra es saberlo a ciencia cierta.

La clarividencia funciona en la escritura a manera de un radar que iría señalándole al escritor los caminos a tomar y los obstáculos a sortear, pero aplicada al reconocimiento, esa funcionalidad, que es parte, como hemos dicho de la misma escritura, es neutralizada por el enigma del destino, es decir de los otros, especie de computadoras electrónicas donde en última instancia se sabrá si se es o no un elegido.

Nuestro punto de vista es confirmado por el propio Lezama; intuyendo su futuridad, más impotente para confirmarla, forzando por así decirlo, su supervisión hasta el punto de como nuevo Atlas suspenderla sobre el abismo de la incontingencia, dice en un pasaje de *Paradiso*:

El traqueteo del ómnibus obligó al anticuario a torcer el rostro. Se fijó en el pulso del que estaba a su lado, en la otra fila paralela de asientos. Extrajo ese pulso unas iniciales: J.C.¹ Un escalofrío lo recorrió, se acababa de verificar silenciosamente algo que venía a ser un complementario tan forzado como prodigioso en su vida. Ya no se moriría intranquilo, incompleto. Se había verificado el signo que le permitirá recorrer su último camino, con expresión para su pasado y con esclarecimiento para su futuridad.

En la contingencia de saber y no saber, el grado de impotencia es mucho más angustioso que la contingencia de sólo no saber. Aquel que no sabe lo que le está pasando, tiene al menos la ventaja de la no elección sobre el que, al mismo tiempo, sabe y no sabe lo que le está pasando; es impotente para saber lo que le está pasando, pero no es, también, víctima de la Duda, en tanto que sí es lo es (y en qué horrible medida!) el que sabe y no sabe lo que le está pasando. Por eso Lezama señala: expresión para su pasado y esclarecimiento para su futuridad, es decir el pasado adquiere una validez y la futuridad tiene una deslumbrante confirmación. Pero esta clarividencia, que es sólo atinente a la letra escrita, se oscurece (como decía hace un momento) hasta el punto de la confusión si el escritor intenta hacerla funcionar para escrutar su ulterior reconocimiento. Precisamente el hecho de escribir tal pasaje, es, al mismo tiempo, signo de su poder creativo y signo de la impotencia en que Lezama-persona se encontraba de saber y conocer sus futuras resonancias.

Así pues, con esas opciones, con esos soliloquios, con esos atroces pensamientos de Posteridad y Mortalidad, con esas dudas el escritor va tirando. Esta palabra a la medida exacta de la situación de extrañamiento en que Lezama se hallaba: por un lado hacia la obra, por el otro daba tumbos con sus opciones: unos días era un genio, otro un raté; por momentos se prefería poeta a novelista o viceversa; en otros desechara a ambos para quedar como brillante conversador. Como si la Posibilidad fuese un derriscadero lo vemos que se obligaba a echar el cuerpo, ya a un lado, ya al otro, a fin de conservar el equilibrio: entre lo escrito y lo que se piensa de lo escrito (en lo atinente a su probable o improbable resonancia como escritor) se inserta ese equilibrio inestable.

Esas tres opciones venían a ser para Lezama-persona como tres diablillos jugueteos que le propusieran el difícil juego de la adivinación. El diablillo que representaba al conversador, tenía la misma cara del diablillo que representaba al poeta y al novelista, y, a su vez, éstos tenían la misma cara de aquél. ¿Cuál de estos demonios (además de diablillos eran demonios) sería el que lo conduciría al país del universal reconocimiento o lo precipitaría en ese purgatorio de los escritores menores?

El juego estaba erizado de dificultades. Lo paradójico del caso es que Lezama-escritor podía reconocer la identidad facial de esos demonios, pero Lezama-persona se perdía y confundía de dicha identidad. El escritor se manifestaba en esas caras idénticas, pero la persona no lograba escrutarlas con la visión requerida para saber cuál de las tres era la de la futuridad y cuál la de medianía literaria.

Naturalmente, Lezama-escritor azuzaba a Lezama-persona a meterse de lleno en ese juego difícil. Hay en *Paradiso* un pasaje a este respecto revelador; Rialta, su madre, le dice a José Cemi:

No rehuses el peligro, pero intenta siempre lo más difícil. Hay el peligro que enfrentamos como una substitución, hay también el peligro que intentan los enfermos, ese es el peligro que no engendra ningún nacimiento en nosotros, el peligro sin epifanía. Pero cuando el hombre, a través de sus días, ha intentado lo más difícil, sabe que ha vivido en peligro, aunque su existencia haya sido silenciosa, aunque la sucesión de su oleaje haya sido manso, sabe que ese día que le ha sido asignado para su transfigurarse, verá, no los peces dentro del fluir, lunarejos en la movilidad, sino los peces en la canasta estelar de la eternidad.

Y lo difícil estribaba en que Lezama-escritor tendría que realizar la hazaña de fusionar esos tres diablillos en uno solo para que Lezama-persona lograra discernir la cara verdadera de su futuridad. En el conversador estaba implicado el poeta y el novelista; en el novelista el poeta y conversador; en el poeta el conversador y el novelista. No tres personas distintas y un solo Dios verdadero, sino tres personas indistintas, pero sólo un Dios verdadero. Ese Dios era la Forma que había que adoptar para expresarse en el juego de las dificultades y, a través de ellas, acceder a la futuridad.

Lezama era (sigue siéndolo) el conversador más brillante de Cuba y uno podía preguntarse si con el correr del tiempo no quedaría él como un excelso caso de pirotecnia verbal. Lezama poeta magnífico no llegaba a configurar una cosmo-visión. Había hecho sus pruebas de nobleza literaria con estos dos géneros, pero en nuestro sentir no conseguía reunir los dieciséis cuarteles requeridos. Faltaba la opción del novelista. De pronto, con la publicación de *Paradiso*, Lezama-persona supo que los tres diablillos eran un solo diablillo, supo que *Paradiso* es, al mismo tiempo que una novela un gran poema y la genial explosión verbal de un conversador, y supo finalmente que la futuridad le estaba asegurada. Entonces se reposó, se desalteró. Supongo que en tales momentos exclamará: ritmo hesicástico: podemos empezar.²

hesicástico
1. J.C. es decir José Cemi
2. *Paradiso*.



Virgilio Piñera (Cuba; 1912); Poeta, narrador, dramaturgo y crítico. Considerado dentro de "la generación de Orígenes". Obra: *Las furias*, *La isla en peso*, *Poesía y prosa*, *Cuentos fríos*, *Electra Garrigó*, *Dos viejos pánicos* (premio de teatro Casa-1968). *Prestones y diamantes*. *La vida entera* (selección de su obra poética).